



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 42.

DIRECTORA,

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 Noviembre de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

La deuda olvidada, por don Juan Eugenio Hartzenbusch.—**Cantos de la Biblia**, poesía, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Al pié de un altar**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Á María**, Salve, por D. P. M.

LA DEUDA OLVIDADA.

ANÉCDOTA CONTEMPORÁNEA.

Pocos años há que vivía en Madrid un castellano viejo que, siendo aun mozo y con regular salud, carecía del bien que mas general y seguramente disfrutaban los pobres, un sueño tranquilo.

Alfonso Zamora dormía siempre mal; tardaba en visitar sus ojos el apetecido descanso, despertábase pronto, y le atormentaba durante el sueño una pesadilla importuna. Tenía deudas Alfonso, le faltaban medios para pagarlas, y esta idea le perseguía, en términos de no per-

mitirle reposar en una sola noche con sueño apacible y seguido.

Verse libre de deudas, pagar lo que debía, era el único deseo de Alfonso, la sola ventura que ambicionaba. «¡Cuán feliz seré—decía á cada paso—desde el instante en que no tenga acreedor á quien satisfacer! ¡Qué bien dormiré la noche que me encuentre sin deudas!»

No eran muchas ni grandes las que desvelaban al pobre Alfonso: mas para el pobre no hay deuda chica: deber mucho y roncar á pierna tendida, es un privilegio que solamente disfrutaban los deudores ricos. Alguno de ellos ha dicho con sobrada razon que no debe pasar inquietud el deudor que no paga, sino el acreedor que no cobra.

Ignorando Alfonso tan cómoda máxima, se afanaba de dia para cumplir sus obligaciones, y acongojábanse entre la sombra nocturna, considerando que no se le lograba dejarlas cumplidas.

Los apuros de Alfonso provenian de tres causas diferentes y análogas: desgracia, vanidad y debilidad de carácter. Esta última resume las

otras: la vanidad es una flaqueza; el débil suele ser desgraciado.

Padeció Alfonso una grave dolencia; durante la cual consumió sus limitados recursos, y se empeñó.

Crecieron sus empeños con gastos que hizo, por no ser menos que algunos camaradas suyos mas pudientes que él.

Perdió ocasiones de remediar sus necesidades, ya trabajando poco, ya dando lugar con su excesivo encogimiento á que le pagaran tarde, mal ó nunca.

Era, pues, nuestro Alfonso un hombre de bien, salvo algunos pecadillos de que pocos se escapaban; con deudas que trampear, ¿cómo le habian de faltar embustes de que avergonzarse? La deuda es madre de la mentira en su enlace bígamo con el deudor y el acreedor: aquel miente para probar que no puede satisfacer, y éste para manifestar que necesita lo suyo.

Hay en cierta parte montuosa de España unas poblaciones pequeñas; donde los vecinos dan de comer por semanas á tres oficiales públicos de la villa, que son un mastin, un pastor y el maestro de escuela. El mantenimiento del primer servidor de aquellas repúblicas, el perro para la custodia de los ganados, se determina sin objeciones en el concejo; en lo que se ha de suministrar al pastor, ya se buscan ahorros; el ajuste del maestro de niños ofrece siempre dificultades, no se repara en libra de pan mas ó menos para el mastin, para el instructor de la infancia todo parece mucho. Así cuando vaca una de estas escuelas, que se conocen en el nombre de *incompletas*, á falta de otro mas espresivo, el pretendiente que se contenta con menos—y regularmente suele ser el que menos vale,—se lleva de seguro la plaza. Un candidato con mujer y con hijos quiso alzarse con una de estas codiciables prebendas, á tiempo que Alfonso, recién emigrado del pueblo de su naturaleza, buscaba un modo de subsistir; la dotacion de la escuela, además de la mesa, se extendia á unas cuantas medidas de frutos, cantidad insuficiente para alimentar á la familia del primer aspirante, Alfonso ofreció servir el cargo con una rebaja de tres fanegas; y el maestro mas exigente fué propuesto al mas comedido, segun convenia á los intereses del pueblo. Alfonso confesaba despues haber hecho dos males con tan feliz competencia: uno al maestro y otro á los niños, porque el derrotado competidor era mas á propósito para la enseñanza.

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce abriles, llamada Rosa, fresca y linda como una flor de su nombre, hija de una viuda

fresca, y aun ágría, madre severa y mujerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos, y la honrada dueña, mirando por su hija primero que por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que ya casadera, tal vez no hallaría nunca partido tan bueno. Convino sin hacerse rogar el anciano; y la madre omitiendo preámbulos, mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio, so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas el caso era que Alfonso, enseñaba á escribir á la montañesa jóven, habia dado en mirar, con mas curiosidad que debiera el hermoso perfil que presentaba su discípula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado, [donde se recogia en repetidos dobleces una larga y pobladisima trenza; y de ver y contemplar la perfilada imagen, habia pasado á escribir para Rosa unas muestras de carácter cursivo, cuyo testo no se hallaba en ninguna de las colecciones aprobadas para uso de las escuelas, y escritas habíaselas entregado á Rosita en secreto, y ella las guardaba con no menos cuidado. Supo el maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que proponian, cogieron las vueltas á la viuda, pues aunque nada lerda, no podia estar en todas partes á un tiempo; se hablaron, se juraron fe eterna, y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera desobedecer á su madre, prometió calabazas al novio machucho, y cumplió su palabra al pié de la letra.

Tal habia sido la primera picardigueta de Alfonso, la cual produjo resultados funestos. Al otro dia de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba muy niña para contraer matrimonio, salía del pueblo la infeliz, aun con estrellas, encendidos los ojos y las megillas, tapándose con un pañuelo muy traído á la cara. Un deudo cercano la llevaba en un burro á servir fuera de la provincia.

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el trasegado Matusalen; y aquella noche misma el conductor de Rosa asistido de varios vecinos crédulos encajaba en la cárcel á Alfonso, despues de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyuge: mujer en efecto la mas inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto las manos en su hija, no halló consuelos hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al maestro, y lanzarle de la poblacion entre los gritos de una general anatema. La viuda en visperas de desen-

viudar laa dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo en efecto, que fugarse de allí con grave respo de su persona: sus tiernos discípulos, á instancias de la rencorosa viuda, le despidieron errosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto; ma; con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la Península. Vano propósito, porque la cauta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podía estampar los piés. Rosa fué recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con promesa formal á no reñirla nunca, siempre que no se le rebelase cuandole mandare tomar esposo.

Y como Rosa era hermosa y excelente criatura, tenía un novio cada tres meses: á todos les daba la misma respuesta que al viejo, y si éste se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se había grangeado su afecto, cada novio le costaba una imposición de manos poco apostólica.

Entretanto Alfonso llegó á saber que Rosa vivía con su madre; escribió y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera. Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió mas adelante la memoria de su amante promesa, y por fin vino á perder el sueño como queda contado.

De nueve horas largas disfrutaba cada noche un ricrentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los privilegios que padecía; húbole de oír su ordinaria exclamación «¡que bien dormiré cuando pague todas mis deudas!» y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fué de otra manera sorprendido por la visita que mas debiéramos esperar, y que menos prevenidos nos halla: la de la muerte.

No fué, sin embargo, la sorpresa tan repentina, y sin escrúpulo de conciencia, dejó por universal heredero a su vecino el del alojamiento superior.

Y hé aquí al pobre Alfonso Zamora convertido repentinamente en el respetable Sr. D. Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra, si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á to-

dos los acreedores, fué obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los mas, pero no todos, y el opulento Sr. D. Alfonso no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al día siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban. «¡Esta noche si que duermo como una estatua!—dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto.—Ya no debo nada á nadie por fin.»

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

«Yalo entiendo—esclamó al levantarse:—debo una reparacion al maestro casado, á quien dejó perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé donde para, y me es fácil favorecerle.»

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos dias, y siguió durmiendo lo mismo que antes.

—«Pero señor—se preguntaba incesantemente—¿qué me faltará pagar aun? ¿que debo yo?

«¡Ah! si; un rico debe un tributo de proteccion á las artes y letras.

«Le concederé hasta donde mi renta lo permita.

«Debe servir por sí mismo á su patria, si no es físicamente inhabil ó imbécil.

«Trabajaré para mi país en mejorar su sistema de agricultura.»

Practicó Alfonso cuanto decía, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose: «Algo me falta que pagar, algo debo.» ¿Qué es?

Pensó en Rosa por último.

«Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que le he escrito. Voy á escribir de nuevo.»

Tampoco obtuvo contestacion.

Aburrido, malísimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, opriéndole el lomo de un caballo de estampa admirable.

Pasó varias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas, se halló Alfonso frente á frente de un asno, en el cual venía descuidadamente montado aquel impostor, consaguíneo de Rosa, que por poco no descostilla á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paliza insigne que había recibido de él, y á la cual aun no había correspondido volviéndole otra.

—«Esta es la deuda que me faltaba satisfacer—prorrumpió colérico:—hagames finiquito, y

dormiré bien por primera vez esta noche.»

Alzó Alfonso el látigo y restituyó generosamente al labriego los golpes de antaño; pero aquella noche durmió peor que nunca.

«¿Que deberé yo todavía?

»Soy rico y soltero. ¿Deberé casarme?

»Tal vez. Mañana mismo me planto en el pórtico de esa iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes: voy á ver si alguna me agrada.»

Madrugó Alfonso al otro día para ir á la iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar mas allá.

Con todo, no se determinaba: hacia años que no frecuentaba iglesia ninguna.

Habían tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la señorita, que se quedó parada por un momento, como dudando si entraria en el templo ó si retrocederia; volvió Alfonso á mirar, y con pasmo infinito conoció á su antigua discípula.

Rosa era, en efecto; la misma Rosa con menos frescura de tez que antes, pero con mas gracia en sus facciones y movimientos, convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra corte.

—¡Rosa!

—¡Alfonso!

—¿Cuándo ha venido V. á Madrid.

—Hace mas de tres años.

—No la he visto á V. nunca.

—Yo á V. sí, varias veces.

—Y ¿no ha querido V. hablar á su antiguo maestro?

—El maestro ni siquiera miraba á su alumna.

—¿Y madre?

—Enviudó otra vez, y vino á establecerse á Madrid.

—¿Y V., Rosa está ya establecida?

—Hice una promesa en mi pueblo; y aunque me ha costado aflicciones el mantenerme fiel á ella, no la he quebrantado.

—¡Rosa! ¡Rosa! V. será mia; yo no he podido amar sino á V.; V. sin duda no ha recibido mis cartas.

—Ahora sé que V. me haya escrito.

—Es preciso que sepa yo si su madre de V. las ha interceptado. Es necesario que yo satisfaga mi postrera deuda para que descanse tranquilo. No sabe V. Rosa, con que desasosiego vive el que fué su maestro de V., y tambien su primer amor.

—Primero sin segundo, Sr. D. Alfonso.

—¿Es verdad, Rosa de mi vida? ¡Es posible!

—Mi madre podrá informar á V. mejor de las ofertas que he reusado. El pobre maestro de mi lugar ha sido para mí preferible á los mas ricos hacendados de mi país.

—Ya soy rico yo, Rosa mia; tengo una gran casa, criados, caballos, aduladores, envilecidos y reputacion de talento; porque la riqueza es capacidad ó pasa por ella. Para ser feliz no me faltan mas que siete horas de sueño cada noche.

—Qué le desvela á V.

—Es largo de contar. Yo he tenido muchas deudas, Rosita; me quitaba el sueño la imposibilidad de pagarlas; creo haber satisfecho quantas contrahe y á pesar de eso, no hay noche que no sienta junto á mis oídos una voz que necesito de repetirme:—Tú debes y no pagas; aun lebes y no pagas, Alfonso.—Rosa, Rosa mia, dígiese V. aceptar esta mano que Alfonso le debe para que pueda preguntar mañana á ese fantasma que me persigue.—¿Qué debo ya?»

Rosa levantó aquí hácia Alfonso sus ojos hermosísimos, llenos de indecible ternura; y acentuadas con singular espresion, fluyeron nuevamente de sus rojos lábios estas pocas palabras: «Alfonso, ¿ha pagado V. lo que debe á Dios!»

Inclinó Alfonso la cabeza cubriéndose con las manos el rostro, y en unos instantes no pudo hablar.

—¡Ah! prorrumpió despues, y no acertaba á proferir palabra alguna.

En esto la campana de la iglesia dejó oír el último toque para la misa.

Volvió Alfonso de su momentáneo trastorno, y dijo á Rosa con acento agitado:

—Entonces, Rosa, entremos; guíeme V.

A la misma hora, ocho dias despues, el velo de los desposados envolvía en aquella iglesia la cabeza de Rosa y los hombros de su maestro.

Á la madrugada siguiente, incorporada la novia en el lecho nupcial escuchaba con gozosa curiosidad la plácida respiracion de su esposo dormido.

Percibió de repente como un dulce suspiro.

Tras el suspiro se apagó la respiracion, y la tierna consorte se turbó sin saber por qué.

¡Alfonso!—dijo en voz amorosa y baja.

¡Alfonso!—repitió ya sobresaltada, echándose fuera del lecho.

¡Alfonso!—gritó fuera de sí de espanto.

El dormido no respondia.

No respondió.

El vehemente deseo de Alfonso quedaba cumplido; pagada su última deuda, el sueño mas fe-

liz había cerrado sus párpados: el sueño de la eterna paz, recompensa del justo.

¡Bienaventuradas las vigiliass que tuvieron su término en tan envidiable descanso!

Rosa no murió por entonces: tenía madre que estaba enferma; falleció la hija á los cuatro meses, quince días despues que la madre. Habia sido Rosa heredera de Alfonso; muchos inculpables deudores, muchos pobres virtuosos, heredaron á Rosa.

¿Por qué, aun entre pagadores puntuales, aquella deuda, tan preferible á todas, habrá de ser la sola desatendida, la sola olvidada?

Juan Eugenio Hartzenbusch.

CANTOS DE LA BIBLIA.

I.

LA CREACION.

Del aliento de Dios de tierra y cielo
Al comenzar los siglos se crearon
Y á la tierra las aguas rodearon,
Como fajas á niño pequeñuelo.

Y era noche, habló Dios, rasgóse el velo
Y hubo luz y los astros se formaron;
Y el ave, el pez y el bruto se animaron
En los aires y el mar y el verde suelo.

Del limo infecto de la tierra vana
Dios hace al hombre y lo declara dueño
Del mundo al darle un alma soberana;

Cierra sus ojos con divino empeño,
Saca del hombre á la mujer ufana
Y Adan la mira al despertar del sueño.

II.

LA INOCENCIA CAIDA.

—Comed del árbol que el Eterno veda,
La serpiente les dijo tentadora,
Y sereis como Dios, que nada ignora
Y huella al mundo que á sus plantas rueda.—

Del habla dulce como el aura leda
Cautiva la mujer, de la traidora
Fruta vistosa come, y seductora
Obliga al hombre á que á su mal acceda.

Y Luzbel sonrió; los castos ojos
Tristes del hombre la mujer retira,
La madre tierra se vistió de abrojos,
Las puertas del Edem cierra la ira
De Dios, y Adan sintiendo sus enojos
Trabaja con sudor y Eva suspira.

III.

EL DILUVIO.

Rotos los diques de la mar bravía,
Las ondas invasoras rebramaron
Y ciudades y valles inundaron
Como tinieblas de la noche fria.
Sombra tornóse el deslumbrante dia,
Las nubes á torrentes derramaron
Turbias aguas, que fieras desquiciaron
El muro que á los vientos desafia.
Pulsó el agua del lúbrico las puertas
Y hasta el monte siguióse en su venganza;
Miró la madre de las hijas yertas
Los amantes huir que el agua azota,
Y mientras cierra Dios toda esperanza
Al vicio, el Arca de los justos flota.

IV.

EL PASO DEL MAR ROJO.

En las tristes arenas del desierto,
Rota en pedazos la cadena impura,
Fugitivo Israel torpe murmura,
Sintiendo armado á Faraon despierto.

Mira en el rojo mar ansiado puerto
Moisés y alza la mano bien segura;
Soplan los aires y la mar oscura
Se abre dando á Israel camino cierto.

Ruedan los carros del egipcio impío
Sobre la tribu de Judá y rugiente
Las ondas turba el huracan sombrío,

Dando sepulcro á Faraon potente:
Y alla, elevando un cántico bravío,
Alza á Dios Israel libre la frente.

V.

LA PROSCRIPTA.

Turbios los ojos con el triste lloro,
Hermosa, cual los sauces de la orilla,
Una hebrea gemia, harto sencilla,

Sentada cabe el Eúfrates sonoro.

Como avaro ante espléndido tesoro,
Convulso el lábio y roja la megilla,
La lengua torpe y flaca la rodilla,
Un guerrero la daba el plectro de oro.

—Paloma de Sion, canta hechicera,
Los himnos de tu pátria, le decía.
Cautiva mis sentidos, extranquera.—

Y la vírgen llorando respondía:
—¿La cierva ha de jugar ante la fiera?
Yo cantaré mi libertad un día.

VI.

MARIA.

La noche envuelve en su crespon al mundo
Y el cieno impuro de la tierra aleve
Cúbrela el cielo con cendal de nieve,
Del monte excelso al lodazal inmundo.

Duerme Belen en altivez fecundo,
Y de un establo entre la paja leve
Hermoso niño á suspirar se atreve
Y rie el cielo, agítase el Profundo.

Rosa embriagada con su propio aroma
Que humilde inclina agradecida frente
Al limpio arroyo donde el jugo toma,

Estática María reverente,
Luna que mira al sol que claro asoma,
Sencilla adora á su Jesus naciente.

VII.

JESUS.

Cádeno y triste el Redentor espira
De Israel á los bárbaros enojos:
El autor de la luz cierra los ojos
Y apaga el claro sol la ardiente pira.

De sangre el pueblo tembloroso mira
Teñirse el valle, y de matices rojos
El mar que vé del Justo los despojos
Y hasta el monte que treme y arde en ira.

Sangre en el rostro de Judá se advierte
Que en vano lava en el sonante río,
Sangre el apostol de las manos vierte,

Sangre la frente del romano impío.
Oh sangre! Oh redencion! Oh viva muerte
Que acaba de la muerte el poderío.

Francisco Jimenez Campana.

AL PIÉ DE UN ALTAR.

*Regina Virginus,
ORA PRO-NOBIS.*

Porfirio al distinguirla se estremeció de un modo poderoso, y estuvo á punto de caer de rodillas dominado por una especie de respeto misterioso que no se sabia explicar.

Al fin, dominando aquella emocion, dió un paso hácia la jóven, y rompiendo el silencio que la calma y soledad de la noche hacian mas solemne aun,

—Dios bendiga,—esclamó—Dios bendiga á la hermosa doncella que permite al feliz viajero contemplarla un instante á la trémula luz de las blancas estrellas.

Leila sintió que aquel acento varonil y grave y ardiente penetraba en su corazon, como el eco de un dulce recuerdo; y con voz temblorosa y tímida como el rumor de la callada brisa al suspirar entre las flores,

—Que el Profeta,—dijo,—proteja al mancebo extranjero, que viene á cruzar su noble palabra con la palabra de una hija de la raza árabe.

Aglæ contempló á los dos jóvenes, y alzando los ojos al cielo,

—Señor,—esclamó tan bajo, que su acento no turbó siquiera uno de los imperceptibles gemidos de la noche,—Señor, une á estas dos almas en un amor solo, en un amor casto que los guie á Tí.

Quizá el ángel santo de la guarda de Aglae llevó esta plegaria hasta el trono de Dios, por que la anciana sintió vibrar en su pecho una voz misteriosa que parecia repetirla,

—¡Espera y confía! ¡tu hermosa esperanza se verá cumplida! ¡la luz de la fe inundará el alma vírgen de esa niña á quien amas como á una hija.

Porfirio, entre tanto decía á Leila con afán,

—Levanta ese velo que cubre tu faz y pueda yo ver tu rostro, como un sol sin nubes, como una aurora sin brumas: levanta ese velo y pueda yo admirar la pura y brillante luz de tus negros ojos.

—Oh!—contestó Leila,—nuestras costumbres me lo prohiben.

—¡Tus costumbres! costumbres. bárbaras que hacen de la mujer una esclava, degradándola al par con la opresión y el servilismo.

—¿Pues, en tu patria...?

—En mi patria, la señora de nuestro corazón es nuestra compañera, pero nunca es inferior nuestra.

Leila exhaló un suspiro y murmuró con triste acento.

—¿Qué dichosa será la mujer que haya abierto allí los ojos á la luz!

—Sí, muy dichosas,—se apresuró á decir Porfirio,—muy dichosas, por que respetadas y admiradas, reciben con la faz descubierta la mirada de amor que se fija en ellas, como la rosa recibe en su caliz los rayos del sol que la presta vida.

La joven por toda respuesta, levantó una punta de su nevado velo, dejando descubierto un rostro, que iluminado por la luz de la luna, parecía de nácar, segun era su transparencia y la palidez que en aquel instante le cubría.

—Oh! ¡qué bella eres!—murmuró el joven contemplándola con un verdadero éxtasis: ¡qué bella eres! y como justificas la impresión que has causado en mí!

—Y esa impresión...—preguntó la niña con anhelo.

—¡Ni aun yo mismo sé darme cuenta de ella! Te ví al pisar el suelo de Jerusalem, y tras la mirada que fijé en tí, se fué mi corazón hácia el tuyo. Un imán desconocido me arrastraba en pos de tu huella: traté de buscarte, sin pensar con que objeto: soñé con hablarte, sin saber lo que iba á decirte, y aquí me tienes lleno de esperanza y sin poder explicarme que es lo que espero.

Leila miró al joven, y dominada por su acento murmuró también con voz temblorosa,

—Tampoco yo puedo definir ni traducir con la palabra lo que esperé al hallarte en mi camino: figuréme que no era aquella la vez primera que te veía; que en tus ojos leía el recuerdo de un sentimiento nacido en época anterior á lo que mi memoria alcanzaba; parecíame que existía un lazo invisible, á cuyos extremos estaban sujetos tu corazón y el mío, sintiendo el uno lo que sentía el otro, y respondiéndose mutuamente con un mismo y acompasado latido.

No sé si haré mal en expresarme como lo hago: no sé si en esa patria de que hablas podrán las mujeres contar lo que sienten, con el abandono y la libertad con que yo te explico mis pensamientos: pero ¡ay! si no fuese así no me culpes ahora, y no llames liviandad, lo que es en mí ignorancia tan solo.

El joven extranjero escuchaba á la niña ábebe embelesado y ébrio de gozo.

Aquel candor, aquella sencillez, aquella hermosura le cautivaban mas á cada instante, y á cada instante se sentía mas atraído hácia la dulce hija de Aben-Said.

La anciana Aglae sentada á los piés de su señora escuchaba en silencio aquellas palabras, prestando atención al tiempo que pasaba, y que los dos jóvenes no se cuidaban de medir.

Así pasaron algunas horas.

De pronto la esclava asió la falda de la niña y la dijo muy quedo.

—Las estrellas van palideciendo y en breve la aurora empezará á despuntar. Los esclavos de tu padre duermen, pero es preciso retirarnos antes que el sueño huya de sus ojos.

—Oh! espera algun tiempo mas, mi buena Aglae,—respondió Leila,—espera algun tiempo mas: deja que le pregunte tan solo si me habrá de olvidar.

—¡Olvidarte!—se apresuró á responder Porfirio, que habia escuchado aquellas frases.—¡Olvidarte! oh! nó, yo te lo juro, jamás te apartarás de mi pensamiento: yo te ofrezco que este amor será el único que llenará mi corazón: por que yo te amo, Leila, yo te amo, y desde hoy se cifra mi ventura en tí!

—¿Volverenos á vernos?—preguntó la joven con timidez.

—Sin duda:—dijo Porfirio—mañana también vendré á este mismo sitio, y también tu vendrás, ¿no es cierto?

—Si Aglae lo quiere, aquí me hallarás—contestó Leila.

—Sí, hija mia, sí; vendremos las dos mientras dure la ausencia de tu padre: ¿no sabes que diere mi vida por complacerte!

Los dos jóvenes cruzaron algunas palabras, y la anciana guió á Porfirio por entre los árboles al sitio por donde habia escalado la tapia y á

donde le aguardaba Guillermo que ya empezaba á impacientarse.

—Temia por vos: tanto tiempo...

—¡Tanto tiempo! pues ¿qué hora es?

—Pronto amanecerá.

—¡Tan pronto!

—Sí, señor.

—Yo creía... oh! con que rapidéz pasan las horas algunas veces!

El guía sonrió y se dispuso á partir, mientras Porfirio decia á la esclava.

—¡Hasta mañana, no lo olvides, hasta mañana!

Un instante despues aquellos dos hombres cruzaban silenciosos aunque á buen paso las revueltas calles de Jerusalem, dirigiéndose á la morada que habian abandonado protegidos por el misterio.

Aglæ entretanto habia vuelto al sitio donde Leila se hallaba pensativa, inmóvil y absorta aun, creyendo escuchar todavía las palabras que el jóven extranjero habia deslizado en su oído.

Cuando llegó Aglae junto á ella,

—¿Se ha marchado ya?—preguntó á media voz.

—Sí, hija mia; le he visto saltar la tapia y le he oido descender á la calle.

—¿Y crees tu que volverá mañana?

Habia tal ansiedad en el modo con que Leila pronunció estas palabras, que la anciana se apresuró á decir.

—Sí, sí; estoy segura de ello: ¿no le has oido decir que te ama?

—¿Y si mintiera?

—Los caballeros de mi pátria, los caballeros cristianos no manchan sus lábios con la mentira, hija mia.

Una espresion de inefable dicha se pintó en el semblante hechicero de la niña, pero despues se estremeció ligeramente y murmuró con abatimiento.

—Y aunque me ame, ¿cuál será el porvenir de este cariño?

—Si tu fueras cristiana, yo te lo podria explicar, pero ahora...

—¡Si yo fuese cristiana!—esclamó Leila con un acento en que se mezclaban la duda, el terror y el asombro.

—Oh, sí!—se apresuró á decir la anciana, fingiendo no reparar en el trastorno de la niña: si tu fueses cristiana unirias tu suerte á la de ese jóven, serias su sola esposa: nadie te disputaría su cariño, él viviría para tí únicamente, y ni aun la muerte podría separaros, puesto que en el cielo viven juntas las almas de los que en el mundo se han unido ante Dios.

Dos inefables lágrimas rodaron por las blancas megillas de Leila que permaneció algun tiempo silenciosa y muda.

Despues, miró á su esclava dulcemente y murmuró.

—Muchas veces has querido hablarme de tus creencias, sin que yo te haya prestado atencion.

—Sí,—dijo Aglae tristemente.

—Pues bien,—añadió la niña,—volvamos á mi estancia: pronto va á ser de dia y pudieran sorprendernos aquí: volvamos á mi estancia, pero en vez de recogernos, hablaremos de esa religion que tu profesas y que yo quiero conocer.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á MARÍA.

Salve, María,
Vida y dulzura,
Oh! Madre pura
Nuestra y de Dios.
Y puesto que eres
Nuestra esperanza
De tu Hijo alcanza
Ardiente amor.
Salve, Señora,
A tí clamamos
Y suspiramos
Por tu favor.
El desterrado
Sumido en luto
Cuyo tributo
Es el dolor.
Oh Madre nuestra
En este valle
De llanto, halle
Tu proteccion.
Si á tí, María,
Siempre llamamos,
Si á tí invocamos
En la afliccion.

Vuelve á nosotros
Tierna mirada,
Dulce abogada
Del pecador.
Y este destino
Finalizado
Muestra á tu amado
Mi redentor,
Fruto bendito
Del alvo seno
Donde sereno
Durmió entre flor.
Sagrada Madre,
Bella María,
Gozo, alegría,
Del corazon,
Mira propicia
Al delincuente,
Madre clemente
Del Salvador,
Y gozaremos
De tus promesas
Si de oír no cesas,
Nuestra oracion.

P. M.

GRANADA:—Imp. de la FE, Mendez Nuñez 26.